

III PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2012

# Una terrible palabra de nueve letras

Pedro Mañas Romero

Ilustraciones de Ximena Maier



ANAYA

*Para Tete, que es todo un artista.*

# 1

Pamela Greenwood tenía cincuenta y siete años largos, treinta y dos dientes amarillos, diez uñas pintadas de rojo sangre y tres juanetes aprisionados en unos viejos zapatos de tacón. Era ese tipo de mujer de la que se pueden esperar frases como «Creo que tomaré otra copa de jerez», «No hay nada que abrigue como la piel auténtica» o «Ve a jugar a tu cuarto, mocosa». Lo que de ningún modo cabía esperar de la señora Greenwood era oírle decir algo como «¿No sería genial que fuésemos amigas?». Y, sin embargo, lo dijo.

Pamela Greenwood era una vieja actriz retirada —al menos eso es lo que ella aseguraba— que trabajaba para la gran Com-

pañía de Juguetes McMillan. Todo lo que la señora Greenwood tenía que hacer era ponerse de pie frente a un micrófono y recitar un puñado de frases escritas sobre una pizarra blanca. Cada frase era cuidadosamente registrada en un diminuto chip electrónico, que después iba a parar a la tripa de un unicornio de peluche, al brazo articulado de un robot, o a la cabeza de una muñeca. Así es como la Compañía de Juguetes McMillan conseguía que sus muñecas siempre pidiesen ser amigas de otras muñecas, que sus robots siempre pidiesen destruir otros robots, y que sus unicornios siempre pidiesen... bien, lo que sea que pidan siempre los unicornios.

—Quiero hacer pis... —suplicaba la señora Greenwood con voz de bebé.

—Ten dulces sueños... —susurraba con voz de oso de peluche.

—Qué asco de empleo... —suspiraba con voz de señora Greenwood.



A Pamela Greenwood no le gustaba su trabajo. Claro que, probablemente, a muchos niños tampoco les hubiera gustado saber que, cuando cada noche apretaban el ombligo de su osito para que les desease dulces sueños, en realidad era como si metiesen en su cama a una desconocida con uñas color sangre y juanetes en los pies. Decididamente, hay cosas que es mejor no saber.

12

—¿No sería genial que fuésemos amigas? —canturreó aquella mañana Pamela Greenwood, con su mejor voz de muñeca de plástico.

—¡Vale para sonido! —confirmó un hombre que, desde el otro lado de un panel de cristal, escuchaba a Pamela a través de unos enormes auriculares—. ¡Siguiente!

«¿Por qué no me cambias de ropa?». «¡Cuéntame un secreto!». «¿Y si jugamos a las princesas?». La mujer continuó recitando mecánicamente cada una de las frases de la pizarra. Al otro lado del cristal, el técnico de sonido hacía su trabajo entre

enormes y silenciosos bostezos. Seguramente a él tampoco le gustaba su trabajo.

Tras pronunciar la décima y última frase, la señora Greenwood carraspeó con fuerza, se raspó la saliva seca de los labios con una de sus rojísimas uñas y examinó con gesto de disgusto las diez frases que acababa de recitar. Se le ocurrió preguntarse qué pinta hubiera tenido voceando aquellas memeces sobre el escenario de un teatro.

—Todo lo que me hacen decir —murmuró al fin, esta vez con su propia y amarga voz— es una auténtica...

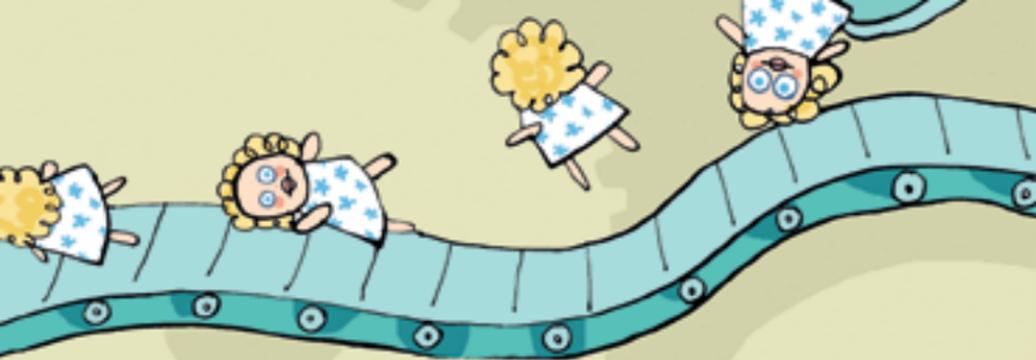
El que yo me detenga ahí no significa que ella se detuviera. Por supuesto que no. El problema es que la persona que me contó esta historia se negó a revelarme la palabra exacta que utilizó la señora Greenwood a continuación. Quizá le pareció demasiado espantosa, quizá no quiso que yo la escuchara o, quizá, simplemente, la había olvidado. He llegado a imaginar cosas terroríficas. El caso es que, después de duras investigaciones,



todo lo que he podido averiguar es que se trataba de una palabra de nueve letras. Una terrible palabra de nueve letras: ✂✕@☆\$❁#\*❁<.

Claro que, por muy terrible que fuese la palabra, no se la puede culpar a ella de que la señora Greenwood la pronunciase frente a un micrófono. Tampoco fue culpa suya que un técnico perezoso y distraí-





do pulsase el botón de grabación en el momento equivocado. Y aún menos que aquella frase inesperada fuese a parar a un minúsculo chip electrónico, que siguió tranquilamente su camino hacia la fábrica de la Compañía de Juguetes McMillan.

Casi un mes después, una legión de quinientas muñecas sonrientes avanzaba sobre una cinta mecánica con rumbo a las mejores jugueterías del país. Y, bajo su cabello rubio, su brillante vestido y su sonrisa traviesa, todas ocultaban la misma palabra en su interior. Una terrible palabra de nueve letras.

